

# Carta de Etiopía

## CARTA 1988

Antes del encuentro europeo de jóvenes que tuvo lugar en Roma del 28 de diciembre de 1987 al 2 de enero de 1988, el hermano Roger, con dos de sus hermanos, fue a Etiopía amenazada por el hambre. En Roma, 24000 jóvenes de toda Europa fueron acogidos por varios miles de jóvenes de las parroquias de la ciudad y de sus cercanías. De Europa del Este, asistieron 5000 jóvenes, de entre los cuales un millar de húngaros participaban por primera vez. La Carta de Etiopía será el texto de reflexión a lo largo del año 1988; y ha sido escrita, no para ser leída rápidamente sino para ser meditada. Esta carta servirá también como base de los 33 encuentros intercontinentales de jóvenes que tendrán lugar en Taizé del 20 de marzo al 6 de noviembre de 1988 (estos encuentros, que comenzaron en 1987, reunirán a jóvenes de 97 nacionalidades).

En cualquier lugar donde te encuentres sobre la tierra, frente a tantos inocentes marcados por la desgracia, ¿buscarás el impulso de una vida interior para mantenerte en las heridas de la familia humana?

Si, desconcertado o incluso desencantado, te dejas deslizar hacia una indiferencia a la invisible presencia de Cristo en ti... ¿Quién despejará para ti el camino hacia las fuentes? ¿Quién te revelará el secreto de una frescura siempre nueva: Dios presente para cada ser humano?

¿Lo percibes? ¿Lo discernes? Cuando tu noche se vuelve densa, su amor es un fuego.<sup>1</sup> Ese fuego, quizá se encuentre bajo las cenizas y no alumbre más. Invadido por una duda, quizá te preguntes: ¿pero dónde está Dios? ¿Permanece Dios silencioso?

Nunca ausente en tu vida, el Espíritu del Resucitado está siempre en ti.<sup>2</sup> Basta saberlo para mantenerse en vilo. Y la humilde confianza en él desgarró tu propia noche.

Asombro de un amor sin comienzo ni fin... Te sorprenderás al decir:

Ese Jesús, el Resucitado, estaba en mí, ahí donde nadie se parece a nadie. Y sin embargo no sentía nada de él. Tan a menudo lo buscaba en otra parte. Mientras huía de las fuentes asentadas por él en lo profundo de mi ser, por mucho que corriera a través de la tierra, yendo lejos, muy lejos, me perdía por caminos sin salida. Una alegría en Dios se hacía imposible.

Pero llegó el día en que descubrí que Cristo nunca me había dejado. Aún no me atrevía a dirigirme a él<sup>3</sup>, pero él ya me comprendía, ya me hablaba. El bautismo había sido la marca de una invisible presencia. Cuando el velo de la duda se alzó, la confianza de la fe vino a esclarecer mi propia noche.

¿Cómo alcanza una vida su plenitud «cuando la aurora despunta y amanece el día en nuestro corazón!»<sup>4</sup>

Dios espera mucho de ti. Nunca te conduce hacia el vértigo de los desánimos, con los cuales no propones más que la tristeza. Dios te lleva hacia realidades que disuelven las amarguras.

Él espera mucho de ti: Para responder, piensas no tener casi nada. Pero él te ofrece crear con poca cosa: como María que, pobre, realizaba todo con medios sencillos.

Dios quiere mantenerte humilde, pero al mismo tiempo quiere darte un corazón muy ancho, sí, una catolicidad del corazón. Con casi nada, serás de aquellos que aliviarán las pruebas de la familia humana.<sup>5</sup> Con casi nada, serás creador en ese misterio de comunión que es la Iglesia.<sup>6</sup>

Y como nada amplio se realiza sin una vida interior, no podrás dejar de acercarte a beber en las fuentes.<sup>7</sup>

A veces te preguntas: ¿pero dónde están esas fuentes de una vida interior?

Dichoso el que avanza no por lo que ve, sino por la confianza de la fe.<sup>8</sup>

Cuando buscas las fuentes, incluso en tu noche, la sed de una confianza te alumbró interiormente. Y quisieras decirle: «Escucha, escucha mi oración de niño, que yo te confío todo en todo momento; quisiera regocijarme por tu continua presencia.»

¡Si pudiera poner mi mano sobre tu hombro, llevarte por el camino de una confianza en Dios! Conocerías lo inesperado: en él, alegría y paz del corazón son una misma realidad.

Cuando en las pruebas tus pensamientos se imbrican unos en otros, la esencial paz del corazón hace que te vuelvas hacia Jesús, el Resucitado.

Sí, el Espíritu Santo sopla sobre ti la paz. Quiere llenarte de una alegría del Evangelio, una alegría incluso en la prueba más incomprensible.<sup>9</sup> Abre en ti oasis interiores. Aun cuando atraveses pasajes inimaginables, llegas a resistir los tormentos que te asedian, al temor de las amenazas, al miedo de la muerte de quienes amas.<sup>10</sup>

Dios nunca quiere el tormento. Él quema en nosotros el mal.

Si te dejaras invadir por una amargura que te hiciera rechazar el espíritu de perdón, ¿qué te quedaría para construirte interiormente?

Y si tu prójimo rechaza una reconciliación, no será inquietándote que se realizará el milagro en él, sino perseverando en una confianza.<sup>11</sup>

Para aquel que se arriesga a una vida de perdón por causa de Cristo y del Evangelio, surge una felicidad. No una felicidad buscada por sí misma, que ya ha escapado cuando uno cree haberla alcanzado, sino esa felicidad ofrecida a quien se vuelve hacia Dios con toda sencillez.<sup>12</sup>

En ti el valle de lágrimas se convertirá en un lugar de manantiales, una primavera para el corazón<sup>13</sup>, haciéndote libre para ser inventivo, libre para admirar las cosas con una mirada poética, libre para amar la vida y mirar la existencia sobre la tierra como el alba de una vida que nunca terminará...

Tú que aspiras a seguir a Cristo, te preguntas: ¿cómo descubrir la voluntad de su amor, en la tierra como en el cielo?

¿Oyes resonar en ti el eco de su voz: ven, yo te daré donde descansar tu corazón, ven y sígueme?

¿Responderás con un sí para toda la vida? ¿O te resignarás a tener indecisiones sin fin?

Pero tú que aspiras a seguir a Jesús, el Cristo, ¿te encontrarás como arrojado, solo, en un desierto humano sin nadie con quien compartir la confianza de la fe?

El Resucitado viene para sacarte del aislamiento al darte la posibilidad de tomar apoyo en la confianza de sus testigos, desde María y los Apóstoles, hasta los de hoy día. Por ello puedes decir: «Señor Cristo, haz que sea un ser vivo en ese misterio de comunión que es la Iglesia<sup>14</sup>: haz que día tras día, me disponga interiormente a poner mi confianza en el Misterio de la Fe. Tú, el Cristo, no mires mis pecados, sino la fe de tu Iglesia.»<sup>15</sup>

Lo que no llegas a realizar solo, se hace posible en esa comunión... y la santidad de Cristo ya no es lo inalcanzable, está muy cerca de ti... en ti.<sup>16</sup>

¿Dónde desborda la fuente de una santidad muy sencilla, ofrecida a cada uno?<sup>17</sup> Ante todo, en la inagotable bondad del corazón humano.<sup>18</sup> Esta toca el fondo del alma, reanimando la inocencia.

La inagotable bondad del corazón humano: confianza que como relámpago atraviesa nuestras noches oscuras, plenitud<sup>19</sup> de un amor desinteresado, fuego interior de bondad.

Dios, al ser tan deslumbrante para ser visto, se hace visible, sí visible, a través de la comunión en el Cuerpo de Cristo, su Iglesia.

Cuando esta comunión llega a ser transparente por medio de las reconciliaciones, el perdón, la lucha por amar, nada de ella empaña el reflejo del rostro del Resucitado en los rostros humanos. El Espíritu Santo vela en ti: brecha luminosa en las noches opacas. Y se abren las puertas de una comunión. ¿Buscarás ahí el impulso para mantenerte solidario en las heridas de la familia humana? No tengas miedo, cerca está la confianza, y con ella una felicidad.

1 «Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día» (I Tes 5, 5). Algunos cristianos de Asia han descubierto un símbolo muy claro del fuego que nunca se apaga y ese símbolo puede ser adoptado fácilmente en otras regiones del mundo. Al inicio de la oración común de la tarde, algunos jóvenes o niños, se acercan, con una vela en la mano, a encender una lámpara mientras se canta un canto que celebra la luz de Cristo.

2 Dios habita todo ser humano desde su nacimiento. En una encíclica, el papa Juan Pablo II explica que Cristo está unido a cada hombre sin excepción, incluso si no tiene conciencia de ello (Redemptor Hominis).

3 En la oración, con gran sencillez podemos hablar con Dios, con Cristo, con el Espíritu Santo. Y con una misma sencillez de corazón, podemos decir a quienes nos han precedido y que están cerca de él: reza por mí. Sus oraciones contaron en nuestra vida. Tras su muerte, ¿cómo podríamos dejar de confiar en su oración?

5 Continuando con la reflexión sobre las seis preguntas a la O.N.U., el hermano Roger, acompañado por cinco niños de los cinco continentes, llevará esta primavera sugerencias al Secretario General, Sr. Javier Pérez de Cuellar. La O.N.U. existe, y puede proporcionar una base para la paz. En efecto, es la primera vez en la historia de la humanidad que se han hecho los primeros pasos para un espacio político a nivel mundial, lugar de encuentro y de discusión irremplazable. Quisiéramos despertar hacia la O.N.U. una atención que pueda ayudar a hacer adaptaciones permitiendo prever y prevenir más eficazmente los riesgos políticos y asegurar una concertación económica entre los gobiernos, particularmente entre ricos y pobres.

6 En la comunión de la Iglesia, Cristo viene a despertarnos, para refrescar nuestro cuerpo y nuestro espíritu, que tan a menudo olvidan los valores esenciales dados por Dios para poder mantenernos. En ese misterio que es la Iglesia hay una complementariedad. Cuando uno se hunde, otros están ahí para sostener su caminar hacia Dios. Lo que uno no comprende del misterio de la fe, otro llega a comprenderlo.

7 «Los llevaré a manantiales de agua por camino llano, en que no tropiecen. Porque yo soy para mi pueblo un padre». (Jr 31, 9) «Sacaréis agua con gozo de los hontanares de salvación». (Is 12, 3)

8 Cf. II Cor 5, 7. «¡Feliz la que ha creído que se cumplirán las promesas que le fueron dichas de parte del Señor.», dijo Isabel a María.

9. «No mi paz, sino tu paz», he aquí lo que es posible decir a Cristo que no ocultó a los suyos las pruebas que le esperaban. Al decir: «Mi paz os dejo», añade: «Mi paz os doy», esa paz que permanece interiormente cuando surgen temores a nuestro alrededor. (Jn 14, 27)

10 ¿Por qué se presta tan poca atención a la palabra de Pablo, el Apóstol, que afirma que, en la tierra, ya hemos resucitado con Cristo (Col 2, 12; 3, 1)? En el momento en que cerramos los ojos por última vez, entramos en la plenitud del Reino de eternidad, pero la resurrección ya había comenzado.

11 El tentador no tiene más fin que hacer perder nuestra confianza. Por eso quisiéramos decir a Cristo: «Tú que como nosotros conociste la tentación, enséñanos a decir al tentador: Apártate de mí... el Señor mi Dios es mi vida, sólo él abrirá el camino de la alegría y también del entusiasmo» (entusiasmo = estar tomado por Dios).

12 En las heridas mismas, él hace surgir una vida interior. El Espíritu Santo viene a quemar las penas de la vida en el fuego de su presencia. «Vuestra tristeza se convertirá en alegría... y vuestra alegría nadie os la podrá quitar.» (Jn 16, 20-22)

13 cf. Sal 84, 7 Si cada día al despertar, pudiéramos decir sencillamente a Dios: tú quieres para mí la primavera del corazón.

14 ¿Cómo tomar a Cristo aisladamente, sin su Cuerpo? Él se realiza plenamente en una comunión: la Iglesia es la plenitud de Cristo. Ella es el Cristo de comunión. ¿Cómo podemos seguirle sin reconciliarnos, manteniéndonos distanciados unos de otros, avanzando en caminos paralelos, contentándonos solamente con encontrarse de vez en cuando? Entonces se hace imposible sembrar en la tierra de la familia humana una semilla de reconciliación.

15 «La parroquia se convierte en comunidad de comunidades cuando es ella el epicentro dinámico de las comunidades eclesiales de base y de los demás grupos y comunidades que la dinamizan y, a la vez, se nutren de ella. En la celebración de la Eucaristía, centro de toda vida cristiana, los fieles se unen con Cristo y son enviados al servicio del mundo.» (Sínodo 1987) Quien se acerca a la Eucaristía con la sencillez de un corazón de niño comprende poco a poco que Cristo está ahí presente en plenitud. A veces ocurre que algunos se encuentran en la imposibilidad de recibir la Eucaristía. En el designio de Dios, la Iglesia es materna. Ella está presente en la humanidad para comprender las situaciones humanas más diversas. En vez de estar tenso por las imposibilidades, ¿por qué no dar al final de la celebración el pan bendito según una antigua tradición de la Iglesia? Sin reemplazar la comunión eucarística propiamente dicha, el pan bendito es un símbolo del compartir fraterno.

16 «Cristo ha llevado a la perfección para siempre a aquellos que ha santificado.» (Heb 10, 14)

17 «En nuestro tiempo la sed de santidad crece cada vez más en los corazones de los fieles, cuando éstos escuchan la llamada de Dios que les invita a vivir con Cristo y transformar el mundo.» (Sínodo 1987)

18 «Llegas a ser semejante a Dios adquiriendo la bondad. Ten entrañas de misericordia y de bondad para que puedas revestirte de Cristo» (San Basilio, siglo IV)

19 Al momento de escribir «plenitud», la mano parece que se retiene. Las palabras pueden ser tan torpes. Ojalá que éstas no hieran a aquel que le cuesta comprender...